

Vascogadas; en Cataluña también eran dueños de la montaña y en el Centro disponían de mucha parte del país.

Los cantonales también proseguían bravando en Cartagena, extendiendo su acción por las costas, y el Gobierno no tuvo otro remedio que allegar todos los elementos para acabar con aquellas dos guerras, para cuyo efecto confió á Martínez Cármas el mando del ejército sitiador de Cartagena, mando que más tarde se le confirió á López Domínguez, que fué quien consiguió finalmente hacerse dueño de aquella importante plaza.

Dolorosa página representa en el período revolucionario todo el movimiento cantonalista, que produjo multitud de víctimas, perjuicios de gran consideración al país, y deplorable espectáculo ofrecido á la vista de todas las naciones cuyos buques habían venido á nuestras costas para proteger á sus súbditos respectivos á la primera noticia del peligro.

El nuevo orden de cosas establecido después del 3 de enero tenía necesariamente que seguir una política represiva, puesto que había dejado hondas raíces la situación anterior, y la circular dirigida por el Gobierno á los gobernadores de provincia estuvo bastante terminante respecto á la marcha que debían seguir y el criterio á que debían ajustarse aquellos funcionarios.

Domina la insurrección cantonal, quedaban en pie otras dos guerras más terribles todavía y más formidables por la excesiva preponderancia que habían adquirido los que las sostenían.

La guerra carlista en el interior y la de Cuba en el otro lado de los mares, tenían necesariamente que poner á prueba á los hombres que componían la nueva situación política, puesto que aquel estado no podía prolongarse.

La importante plaza de Bilbao, sitiada por los carlistas desde el mes de diciembre anterior, había llegado al último extremo.

Varias veces el ejército de la República había tratado de romper las líneas enemigas para salvar la comprometida ciudad, pero infructuosamente.

Tenía que lucharse con la aspereza del terreno, con la crudeza de la estación y con las formidables fuerzas que los carlistas habían concentrado en las fuertes posiciones que ocupaban cerca de la plaza.

El Presidente del Poder Ejecutivo tomó el mando del ejército, pero tampoco consiguió lo que se proponía, hasta que finalmente, encargado del mando y de la misión de libertar á Bilbao el reputado militar D. Manuel de la Concha, marqués del Duero, el día 2 de mayo consiguió obligar al enemigo á retirarse, haciendo su entrada triunfal en aquella capital que tanto había sufrido durante cinco meses.

Una vez libre Bilbao, regresó el general Serrano á Madrid, y la crisis contenida durante el tiempo que aquél permaneció en el Norte, reapareció con mayor violencia, dando por resultado la formación de un ministerio conservador, constituido por los señores Zabala, con la Presidencia y Guerra; Alonso Martínez, Gracia y Justicia; Ulloa, Estado; Sagasta, Gobernación; Camacho en Hacienda; Alonso Colmenares en Fomento; Romero Ortiz en Ultramar y Rodríguez Arias en Marina.

El general Pavía, el autor del golpe de Estado que había cambiado de tal modo la situación, hizo dimisión de la Capitanía general de Castilla la Nueva, siéndole admitida.

Entre tanto el estado de la guerra, lo mismo en el Norte que en el Centro y en Cataluña, era más favorable á los carlistas que á las tropas del Gobierno.

La división del general Nouvilas, en Cataluña, había sido copada por el enemigo; en el Centro, Vinaroz y Cuenca habían caído en poder de los soldados del Pretendiente y en el Norte proseguían más audaces cada vez, á pesar del descalabro sufrido ante Bilbao.

Preciso se hacía á todo trance reanimar el espíritu público, abatido con las noticias de tantos desastres, y á este objeto se concentraron fuerzas, se dieron enérgicas disposiciones, y Concha se propuso arrojar de Estella á los carlistas, juzgando que este hecho había de ser de un gran efecto para llegar á la terminación de la guerra civil.

Pero para esto se necesitaban elementos mayores que aquellos que se contaba, y en su consecuencia reclamábalos al Gobierno, que no podía facilitarlos con la premura que aquél los exigía, teniendo que acudir á tantos puntos á la vez.

Sin embargo, se hizo cuanto fué posible y el General en jefe se dispuso á emprender las operaciones.

El día 23 de junio dió comienzo el proyectado movimiento verificándose todas las operaciones de aquel día con admirable precisión y exactitud.

No así la del día 26, en que hubo necesidad de esperar un comboy que se había extraviado, y con la lluvia torrencial que comenzó á caer, de tal modo que había momentos en que el aguacero cubría las trincheras enemigas, entorpecieron notablemente los movimientos del soldado.

Perdiéronse diez horas aquel día, que fueron fatales para el éxito de la operación, puesto que el enemigo, comprendiendo ya el verdadero objetivo del General, concentró numerosas fuerzas en el verdadero punto de ataque, y la jornada del día 27 presentóse desde los primeros momentos herizada de dificultades.

El incendio de Abarzuza fué ya una contrariedad que experimentó el General, y después la copiosa lluvia y el fuerte viento que también reinó aquel día, produjo nuevas dificultades para el acceso de la montaña de Estella.

Dos veces se atacaron las posiciones de Monte Muro y dos veces tuvieron que retroceder.

El general Concha, comprendiendo lo grave de la situación, vió que era preciso hacer un esfuerzo supremo y se dirigió seguido de su Estado Mayor á las posiciones tan tenazmente defendidas, viéndose obligado por lo escabroso del terreno á echar pie á tierra, sufriendo con gran trabajo hasta ganar la altura, desde la cual quería inspeccionar la posición de las trincheras enemigas.

Una vez hecho este estudio, creyó que no había más remedio que diferir el ataque decisivo para el siguiente día y comenzó á descender de Monte Muro.

Cuando llegaron al sitio donde habían dejado los caballos algunos de los que con él estaban fueron alcanzados por las balas enemigas, encontrándose en el momento en que sucedió la catástrofe solos el General y su asistente que le tenía el caballo.

En el momento de ir el General á cruzar la pierna derecha para dejarla descansar en el estribo, según refiere un testigo presencial de estos sucesos, una bala de fusil atravesóle el pecho derribándole en tierra.

Terrible desgracia fué ésta para el ejército, produciendo extraordinario dolor en toda la nación, que con justicia, á nuestro entender, tenía todas sus esperanzas concentradas en el Marqués del Duero.

La muerte de éste obligó á retroceder al ejército republicano, retirada que se llevó á cabo admirablemente por el general Echagüe, y que, como es consiguiente, envalentonó de un modo extraordinario á los enemigos.

En Cataluña trataron de asegurar el éxito de sus operaciones después de la sorpresa de la Seo de Urgel con la toma de Puigcerdá, pero en este punto se estrellaron sus esfuerzos contra la decisión de sus defensores, dando tiempo á que el general López Domínguez, al frente de las tropas del Gobierno, después de tres reñidas batallas, libertase la población.

La protección que Francia parecía dispensar á los carlistas excitó reclamaciones del Gobierno español, y como que á la vez Prusia mostraba también deseos de intervenir en los asuntos de España, lo cual hubiera producido otra nueva complicación, hubo necesidad de llegar á un acuerdo, toda vez que no estaba reconocido el nuevo Gobierno, y después de algunas diligencias consiguióse que todas las potencias, exceptuando Rusia, reconocieran la situación creada el 3 de enero.

Grandes males conjuráronse tal vez con este hecho, pero si bien las nubes que habían estado amontonándose en el horizonte político del exterior se habían conjurado, las del interior no presentaban tan buen cariz.

El general Zabala, ministro de la Guerra, había tomado el mando del ejército del Norte y como que, dada la situación en que ésta había quedado, no podían las operaciones emprenderse con la rapidez que la impaciencia pública deseaba, sobrevinieron los cargos, aumentáronse las censuras, y finalmente regresó á Madrid en los primeros días de setiembre, dimitiendo la presidencia del Ministerio y el mando supremo del ejército.

La crisis que con esto se produjo resolvióse el día 3, constituyéndose el nuevo ministerio bajo la presidencia de Sagasta, que desempeñaba á la par la cartera de Gobernación, acompañándole los Sres. Ulloa, Colmenares, Serrano Bedoya, Rodríguez de Arias, Camacho, Navarro y Rodrigo y Romero Ortiz, que desempeñaban las de Estado, Gracia y Justicia, Guerra, Marina, Hacienda, Fomento y Ultramar.

El general La Serna quedó encargado del ejército del Norte y á este nombramiento siguiéronse otros varios, como el de Jovellar en el ejército del Centro y Letona en Aragón.

El día 4 de noviembre, señalado para la toma de Irun por los carlistas, acontecimiento al cual éstos habían querido revestir de importancia extraordinaria, presenció su derrota, comenzando desde aquí, como dice muy oportunamente un historiador, la verdadera decadencia de la guerra.

Las victorias obtenidas en el Centro reanimaron algún tanto los abatidos espíritus, y si en Cataluña no pudieron alcanzarse grandes victorias que pusiesen término á aquella situación, en cambio no tuvieron que lamentarse más derrotas.

De nuevo dispúsose que el general Serrano marchase á ponerse al frente del ejército del Norte, para lo cual se había reforzado éste al objeto de dar un golpe decisivo, y efectivamente, el día 9 de diciembre salió con dirección al Norte cifrándose grandes esperanzas en los propósitos que abrigaba.

Desapacible el tiempo, impidió que las operaciones comenzaran inmediatamente, y las grandes masas de tropas aglomeradas para la decisiva campaña comenzaban á ocuparse algún tanto de la situación política del país.

El partido alfonsino poníase en movimiento y todo hacía presumir que un acontecimiento importante para la vida de la nación se aproximaba rápidamente.

Efectivamente, el golpe del día 3 de enero de 1874 tuvo su lógica solución en 29 de diciembre del mismo año.

Pocos días antes todos los periódicos publicaron el manifiesto del príncipe D. Alfonso, y el día indicado últimamente, el general Martínez Campos, al frente de la brigada Daban, en las inmediaciones de Sagunto, proclamó á D. Alfonso XII rey constitucional.

El general Jovellar, jefe del ejército del Centro, secundó el movimiento, y en breve espacio y sin que el nuevo cambio costase una sola gota de sangre, Alfonso XII pasó desde el colegio de Sandhurst á ocupar el trono de España.

El día 9 de enero de 1875 desembarcó en Barcelona, donde fué recibido con entusiasmo, dirigiéndose inmediatamente á la corte, adonde llegó el día 14 del mismo mes.

MOVIMIENTO INTELECTUAL DE ESPAÑA

DURANTE EL REINADO DE LA CASA DE BORBON.

DISTINTAS han sido y aún podríamos decir antitéticas, las misiones respectivamente encomendadas por la Providencia á las dinastías austríaca y borbónica en España; y esta diferencia que ya hemos hecho notar en distintas ocasiones y sobre diversas materias, resalta también al comparar la cultura intelectual de nuestra patria bajo los Borbones, con la que tuvo en tiempo de la casa de Austria.

Como oportunamente hace observar un elegante escritor, el progresivo desarrollo del movimiento intelectual en España durante los reinados de los cuatro primeros Borbones, progreso que, salvo un doloroso paréntesis, ha continuado su marcha hasta nuestros días, es un timbre glorioso que no puede negarse ni disputarse á los principios de esta dinastía, y cuya importancia acrece al observar la diferencia en punto á instrucción y cultura, entre los reinados de los cuatro últimos soberanos de la casa de Austria y la de los cuatro primeros monarcas de la estirpe borbónica.

Felipe II, dice el mismo escritor, el monarca español en cuyos dominios, según el dicho célebre, no se ponía nunca el sol, tuvo la pretensión peregrina de que el sol de la ilustración no penetrara en la Península española, que á tal equivalía la famosa pragmática de 1539, incommunicando intelectualmente á España del resto del mundo, prohibiendo que de aquí saliera nadie á aprender en el extranjero, ni del extranjero viniera nadie á enseñar aquí; especie de bloqueo peninsular para las ideas, aún más extravagante que el bloqueo continental para las mercancías, que otro genio inventó siglos después.

El Rey cenobita, que tan á gusto se hallaba en una celda del Escorial, quiso hacer de España un inmenso monasterio, sujeto á clausura para las ideas.

Dejaba, sí, á los ingenios españoles, que los hubo muchos y muy fecundos en su reinado, campar libremente en las creaciones de la imaginación y en las obras de bella y amena literatura, hasta merecer con razón aquella época el nombre de siglo de oro de la literatura española, y permitiales esparcirse con la misma libertad por el campo neutral é inofensivo de aquellos ramos del saber humano que no daban ocasión, ni de recelo al suspicaz y adusto Monarca, ni de sospecha á los ceñidos y torvos inquisidores. Pero ¡ay de aquel que, en materias teológicas, filosóficas ó políticas, se atreviera á emitir un pensamiento nuevo que excitara la sombría cavilosidad de los supremos jueces del Santo Oficio!

Seguro podía estar de no librarse de las mortificaciones de un proceso, de las prisiones ó penitencias del severo tribunal, por sospechosos de herejía ó por alumbrado, sin que le valiera ser teólogo doctísimo como Fr. Melchor Cano y Fr. Domingo de Soto, ni ilustradísimo religioso como Fr. Luis de León y el P. Juan de Mariana, ni esclarecido y virtuoso prelado como Fr. Bartolomé de Carranza, ni apóstol fervoroso de la fe como el venerable Juan de Avila, ni siquiera tener fama y olor de santidad como santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz.

Con Felipe III se levantaban muchos conventos y se les dotaba pingüemente; pero ni se erigían colegios ni cuidaba nadie de los estudios. No le importaba que en España no hubiese letras ni artes, y que desapareciesen las artes y las letras con tal que hubiese muchos frailes y desapareciesen los moriscos.

Poco le importaba todo á Felipe IV, siempre que hubiese juegos, espectáculos y festines y que no faltaran lujosas cuadrillas de justadores, músicos y escuderos. Aficionado, sobre todo, á comedias, con infusas él mismo de autor dramático; dado, más de lo que la dignidad y el decoro consentían, al trato íntimo con comediantes y comediantes, el genio y el arte escénicos eran los que progresaban á impulsos de la protección y del ejemplo del Rey.

Brillaban y brotaban ingenios como Lope de Vega, Calderón, Tirso, Rojas y Moreto, y actores y actrices como Morales, Figueroa, Castro y Juan Rana, y como la Calderona, María Riquelme y Bárbara Coronel. El pueblo se desahogaba contra el Rey, los favoritos y el mal gobierno, con sátiras, pasquines y comedias burlescas y desvergonzadas.

La poesía lírica tuvo también su período de brillo en este reinado; pero abandonada á sí misma, y sin el auxilio de otros ramos del saber, extinguióse pronto y cayó en el gongorismo y en la corrupción. Por caso raro, se veía salir á luz tal cual producción de otro género y de algún fondo, como las *Empresas políticas*, de Saavedra, y como la *Conservación de monarquías*, de Navarrete.

¿Qué ciencias ni qué letras podían florecer con Carlos II, guiado por confesores fanáticos, por privados disolutos y por camareras intrigantes? ¿qué estudios habían de promover aquellos personajes influyentes de la corte que el vulgo conocía con los apodos de la Perdiz, el Cojo y el Mulo? ¿qué literatura había de cultivarse,

como no fuese la sátira envenenada, sangrienta y grosera, con el Monarca de los hechizos, de los duendes de palacio, de los familiares del Santo Oficio, de las monjas enérgicas, de las revelaciones de fingidos endemoniados, y de los conjuros de embucados exorcistas?

A este cuadro, trazado á grandes rasgos y con fidelidad y vigor verdaderamente notables, opongamos el que presentan los reinados de los Borbones y veremos cambiar desde los primeros momentos el panorama.

Eduardo Felipe V en la corte fastuosa y literaria de Luis XIV, había adquirido afición á proteger y fomentar las ciencias y las letras, y con la creación de academias y escuelas y con otras medidas de igual índole, á la vez que dió lustre á su reinado, contribuyó á restaurar, bajo nuevas formas, la cultura y el movimiento intelectual en España, y sacarle del marasmo en que yacía.

Á él se deben la creación de las Academias de la Lengua y de la Historia, la conversión en Academia de Medicina y Cirugía de la Tertulia Literaria Médica, la fundación de la universidad de Cervera y de la Real Librería que es hoy Biblioteca Nacional, y á su influjo se debió también la publicación del *Diario de Literatos*, de las *Cartas Eruditas*, y el *Teatro Crítico*, de la continuación de la *Historia de España*, por Miñana, de la *Poética*, de Luzán. En su tiempo florecieron varones tan ilustres como Feijóo, Macanaz y Mayans y Ciscar.

Á la protección del segundo Borbon fué debido el nacimiento, en Madrid, de las Academias de Nobles Artes, de Historia Eclesiástica y de Lengua Latina, y que, comunicándose á las provincias el saludable impulso de la capital, se creasen en Barcelona, Sevilla y Granada Academias de Buenas Letras. Los nobles se apresuraban á estimular aquello que parecía grato al Monarca; el marqués de Valdefflores dispensaba á los literatos la misma protección que en el reinado anterior habían merecido del de Villena, y en no pocos aristocráticos salones se rindió culto á la literatura, convirtiéndose en veladas tan útiles como amenas lo que eran antes reuniones de mero y frívolo pasatiempo.

Con estos antecedentes, y teniéndose en cuenta el esmero del tercer Borbon en rodearse, para encomendarles las riendas del gobierno, de los hombres más eminentes por su instrucción y saber, no se extrañará que, á pesar de las continuas guerras del reinado de Carlos III, el movimiento científico y literario adquiriese un desarrollo superior á lo que podría suponerse.

Carlos III, el creador de las sociedades económicas, multiplicó las escuelas de párvulos, creó otras para adultos, fundó los seminarios conciliares, reformó los colegios mayores, reorganizó las universidades, promovió la formación de un plan general de enseñanza, fomentó la ciencia de la legislación, protegió los estudios de jurisprudencia, de medicina, de botánica, de náutica y de astronomía, contribuyendo también á la formación ó al desarrollo de los gabinetes de física y de historia natural, de las cátedras y de las obras de matemáticas, de los viajes científicos, de los estudios históricos, de la literatura crítica, de la oratoria sagrada y profana, de las producciones dramáticas, de la poesía épica y lírica, de las publicaciones periódicas variadas y eruditas, y de las nobles artes, estimulando y galardonando á los que en ellas sobresalían ó las cultivaban con provecho.

Tan agigantados pasos se dieron en este camino que, á pesar de no hallarse Carlos IV á la altura de sus antecesores, á pesar de los diversos accidentes del reinado del cuarto Borbon, lejos de suspenderse en él aquel impulso literario, ensanchóse el círculo y se dilató la esfera de los humanos conocimientos y se abrieron nuevas y fecundas fuentes de instrucción y de saber.

Contribuyó á este resultado, en gran manera, la multiplicación de las sociedades económicas y de las escuelas, dándose en ambas clases de establecimientos con bastante latitud la enseñanza teórica y práctica de las ciencias matemáticas, físicas y naturales, y los conocimientos geográficos, industriales y mercantiles.

Bajo Carlos IV se dió protección y se otorgaron privilegios y franquicias á los maestros; se elevó en consideración y jerarquías al profesorado, á la vez que se le exigieron las condiciones de aptitud y ciencia necesarias; fundáronse colegios como el de Medicina y el de Caballeros Pages; se crearon establecimientos científicos como el Instituto Asturiano y el Museo Hidrográfico; cuerpos facultativos como el de ingenieros cosmógrafos y el de ingenieros de caminos, canales y puertos; escuelas especiales y profesionales como la de Veterinaria, la de Sordo-mudos y la de Taquígrafía; talleres de maquinaria y gabinetes de instrumentos físicos y astronómicos como el del Buen Retiro.

Practicáronse otras muchas y muy útiles reformas, tales como